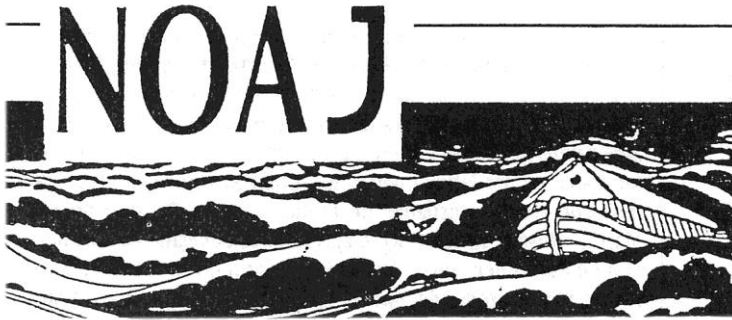




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Satz, Mario. Kábala y Poesía en el Séfer Bahir. pp. 166-168

Mario
Satz

*Narrador, poeta,
ensayista y
traductor
argentino; reside
en Barcelona
desde 1978.*

*Poesía: Los cuatro
elementos
(1964); Hojas de
ruta (1966); Las
frutas (1970);
Quintaesencia
(1974); Los peces,
los pájaros, las
flores (1975);
Canon de Polen
(1976); Las redes
cristalinas
(1985). Novelas:
Sol (1976); Luna
(1978); Marte
(1980); Tres
cuentos
españoles (1988).
Tradujo a D. H.
Lawrence, y El
libro de la
claridad, texto
cabalístico.*

Kábala y Poesía en el Séfer Bahir

Traduje el **Séfer Bahir** o **Libro de la claridad** — texto kabalístico del siglo XII provenzal — en las claras y mediterráneas costas de la isla de Menorca, en 1985. Mi interés por la relación entre la Kábala y el lenguaje místico era, para entonces, de vieja data. Ante las enormes dificultades que presentaba la traducción decidí enfrentarlas desde tres ángulos lingüísticos distintos: una versión hebrea, una inglesa y otra francesa. La hebrea (Otzar Bakal, Jerusalem) presentaba, por su parte, numerosos vocablos arameos difíciles de descifrar, conceptos que exigían audacia e imaginación. Por lo tanto, imaginé que mi versión sería, por lo menos, tan libre como el mismo *Bahir*. Una especie de insistente tendencia a la descontextualización hace de la escasa literatura kabalística publicada un rompecabezas alucinante para muchos, y lleno de delicado sentido para pocos. Me considero, afortunadamente, uno de esos pocos que, por su formación poética, es capaz de hallar en este pequeño y misterioso libro una curiosa fuente de inspiración para lo que se ha dado en llamar una **fisiología mística**, es decir, una lengua encarnada que se desencarna al decirse y vuelve a encarnarse hasta en sus menores fonemas con una gracia celeste. Para el *Bahir*, inclusive las letras sueltas tienen vida y sentido, son ideogramas, jeroglíficos, hasta códigos microscópicos. De las consonantes, por ejemplo, dice que son cuadradas y las vocales redondas. Lo cuadrado es asimilado, en el hombre, al cuerpo, y lo redondo al alma. Cualquier manual de fonética comparada podría constatar la veracidad de tal juicio, puesto que los formantes acústicos de las vocales no conocen interferencias y son armónicos. Como vocalizar significa hablar bien, ser claro, el *Bahir* epitomiza esa teoría en su comentario a la letra

vav, sexta en el alfabeto hebreo y un verdadero misterio sintáctico para los estudiosos. Equivalente de la conjunción castellana y griega, la *vav* es también **o** o **u**, pero, sobre todo, cumple en hebreo y en la Biblia una doble función llamada en un caso *jibur*, copulativa, y en el otro *afuja*, conversiva o reversible. Como quiera que el **Bahir** se refiere a la *vav* llamándola por su nombre vocálico *jolem*, palabra relacionada con *jalom*, sueño, sostiene la curiosa idea de que atender a la vida onírica es preservar la salud. En otras palabras, y como reza el proverbio, que la vida y la muerte dependen de la lengua. En el fragmento XL del **Bahir** leemos:

"Sus discípulos le preguntaron: qué significa el punto vocal jolem (la vav), y él respondió: es el alma, y su nombre quiere decir soñador. Si le obedeces, curarás tu cuerpo en el mundo por venir (olam ba-ba), pero si te opones a él caerás enfermo y él también."

Algunas escuelas cabalísticas ubican, recordando la "imagen y semejanza" del hombre con el Creador, a través del siguiente ideograma del *Shem ha-Meforash*, Nombre Inefable de Dios, o Tetragrama, la *vav* en lo que podría ser la columna vertebral del hombre. Si así fuera, es evidente que la columna vertebral liga lo superior semántico a lo interior seminal, la palabra a la biología. De manera que es dable pensar en una cuádruple función de la *vav*. Dos sintácticas y horizontales, y dos fisiológicas y verticales. Toda la poesía humana fluye de arriba abajo de la columna vertebral, y el hombre mismo está marcado por la erección vertebrada de su columna. Por supuesto que cuando un poeta se

enfrenta con tales símbolos y alusiones, no puede menos que maravillarse ante la tradición escriturística hebrea que, en esto que estamos viendo, tanto se parece a la china. Dos pueblos de letrados, si cabe decirlo así, en el seno de los cuales el libro y la escritura alcanzaron cimas de paradigma. Llevar la vida de los signos a una auténtica fosforescencia genésica es tarea de todo poeta que se precie responsable de su a la vez arcaica y revolucionaria tarea. Si desde muy antiguo se pensaba en Israel que los nombres corresponden, cada uno, a una letra o signo de la **Torá**, formando las palabras familias y comunidades las sentencias y versículos, la función del poeta, entre las diversas partículas de una lengua, es la de verbo, y verbo — me parece — encarnado. Si se observa que el verbo es activo, propulsor y generalizante, se comprenderá mejor por qué la poesía de un pueblo, la poesía de los hombres en general es la quintaesencia que polariza sus actividades y destino. Eso ha sido y es aún la **Odisea** para los griegos, la **Torá** para nosotros los judíos, el **Kalevala** para los irlandeses, el **Popul Vuh** para los mayas, y, durante siglos, el **Libro de las Odas** recopilado por Confucio para los chinos. El autor o los autores anónimos — muchas veces — de esos textos, son emanaciones de la *vav*, los que sueñan y curan a sus respectivos pueblos mediante la posible catarsis que postulan sus creaciones literarias.

Creo, sinceramente, que el pueblo judío es lo que es gracias a la poesía de la **Torá**, y también creo que la **Kabalá** y los *mekubalim* han desgranado, a lo largo de los siglos, y la prueba concreta es **El Cuzarí** de Yehuda Halevi escrito originalmente en árabe,

Ensayos: Arbol verbal: nueve notas en torno a la kabalá (1985) y numerosos artículos sobre poesía española, judía y cristiana.

una manera de fortificar la vida de la nación a través de la glosa perpetua, del *midrash* ininterrumpido. Si la memoria no me falla, me parece que fue el crítico George Steiner quien dijo que el hebreo era el diamante que había pulido la mayoría de las lenguas occidentales pasadas por el tamiz cristiano. Doy fe de que es así después de haber traducido y comentado, es cierto que de modo heterodoxo, el **Bahir**. Por él aprendí muchas cosas relacionadas con el oficio de poeta, y otras más ligadas a la esencia del judaísmo, a su fe no dogmática en los pliegues y repliegues del lenguaje humano. Entiendo la poesía como una actividad íntima y a la vez colectiva en la que caben el humor, la celebración, la endecha, la lamentación, el ditirambo, la crítica ácida, la maledicción, y, muy especialmente, la memoria vibrante de lo que somos. Muchas veces pensé en el heroísmo de otro Yehudá, Eliezer ben Yehuda, en su infancia llena de libros y aventuras. En su pasión por Defoe y **Robinson Crusoe**, que leyó en hebreo. Tras el tremendo naufragio judío de este siglo, nosotros, los sobrevivientes, testigos también del renacer del pueblo judío en su tierra histórica, dolidos por lo que actualmente pasa en Israel con el pueblo palestino pero seguros de que el mañana será de coexistencia y paz — si hay mañana — debemos intentar religar los dispersos fragmentos de vida judía, aquí y en el resto del mundo, apelando a la esforzada claridad de nuestros libros, muchas veces oscura como la del **Bahir**, que jamás se toma el trabajo de explicar dos veces el mismo pasaje pero que, sin embargo, situado entre la letra y el espíritu, no cesa de segregar y postular nuevos significados.

No escribo en hebreo, pero muchas veces **pienso** en hebreo. Mejor dicho, el hebreo, la historia del pueblo judío me obliga a reflexionar, a exaltarme y deprimirme, a llorar y a reír. Es tan vasta como el océano, pero a la vez cabe, quizá, en un solo libro que la prefigura y condiciona para bien y para mal: la Biblia. Me siento feliz de haber devuelto vida castellana, española, aun a costa de muchos errores y distorsiones, al **Bahir o Libro de la Claridad**, que ahora por segunda vez — la primera fue en el siglo XIII — incide sobre la cultura ibérica y también iberoamericana. ¿Qué es, después de todo, la Kabalá sino la recepción constante de lo que el mundo nos ofrece a cambio de nuestra correcta atención, atención que se corrige frecuentemente a sí misma en el ejercicio de la *teshubá* poética, en la respuesta poética? Como dijo un rabino anónimo corrigiendo a Nietzsche: “Dí tu palabra y consérvala”.